

## Tomás de San Agustín, mártir en el Japón (I)

El día 24 de noviembre de 2008 ha sido beatificado, junto con otros 187 mártires japoneses, muertos entre 1603 y 1639, el sacerdote agustino P. Tomás de San Agustín, hijo de profesión de la provincia de Filipinas.

Aunque no es el primero de aquella nación presente en nuestro calendario, sí es el primer sacerdote japonés de la provincia de Filipinas, la cual tanto ha trabajado primero en Oriente y después en América Latina. Vale, pues, la pena recordarlo y conocer algo de su vida y martirio. Lo vamos a tratar en tres breves articulitos, de los cuales este primero servirá para echar una ojeada general a toda su vida, el segundo a relatar su ingenioso apostolado entre sus connacionales y el tercero a relatar su muerte y glorificación.

Tomás nació en la ciudad de Omura, en el seno de una familia cristiana. Sus padres se llamaron Leo Kouemon y Clara Okia, los cuales se dice que eran de recursos limitados y que murieron mártires. El apellido de familia era Jihyoe; más tarde se ganará el sobrenombre de *Kintsuba* (el de la funda de oro de la espada) y con él ha pasado a la historia y es conocido hoy día en Japón.

Gracias a la conversión al cristianismo del *daimyo* de Omura, Sumitada Omura, el cristianismo en la ciudad de Omura creció rápidamente, de modo que en 1582 había en la región 152.000 cristianos, de los cuales 40.000 en la ciudad de Omura. Pero desde la muerte de Sumitada, con su hijo Hideyosi las cosas cambiaron, y a partir de 1605 empezó la persecución.

Nuestro *Kintsuba*, que nació hacia 1600, hacia 1606 empezó a frecuentar la escuela de los jesuitas de Arima, que era un verdadero seminario menor con vistas al sacerdocio. Con ocasión de la persecución los alumnos se dividieron y unos pasaron a Manila y otros a Macao. Así lo hizo él yendo a Macao. Allí prosiguió sus estudios, quedándose unos 5 años. Cerrado en 1620 el seminario de Macao, regresó a Japón con idea de trabajar en su tierra como seglar lo que pudiera. En 1622, tal vez por consejo de algún agustino, se dirigió a Manila y allí fue admitido al noviciado en el convento de S. Agustín. Terminado el noviciado, hizo su profesión como agustino el 27 de noviembre de 1624, tomando el nombre de Tomás de S. Agustín.

En Manila prosiguió sus estudios de filosofía y teología hasta terminar la carrera eclesiástica. Le ordenó sacerdote el obispo agustino de Cebú Mons. Pedro de Arce. De regreso a Manila supo las difíciles circunstancias en que se movía el misionero agustino mexicano P. Bartolomé Gutiérrez y se decidió a pedir permiso para viajar a Japón. Se embarcó el 2 de febrero de 1630 disfrazado para no ser conocido y delatado. La nave sufrió un naufragio, él se salvó de milagro, y hubo de regresar a Manila, después de haber perdido todas las cosas que llevaba para su trabajo en Japón.

Sabiendo que sacerdotes japoneses de otras Órdenes habían penetrado en Japón de una manera u otra, se despertó en nuestro *Kintsuba* el deseo de hacer él lo mismo, si bien los superiores ahora no querían que saliera de Filipinas. Y así, el 2 de agosto de 1630 escribía desde Manila una carta al P. General en Roma para obtener lo que deseaba, es decir, ir al Japón pasando por Roma y Jerusalén, como hizo el jesuita Peter Kibe Kasui, que encabeza la lista de los 188 mártires que hora van a ser beatificados.

A finales de 1631 pudo llegar disfrazado a Japón. Recogido en casa de un japonés con nombre portugués, Juan Riberito, por un tiempo se mantuvo en la oscuridad; después se informó sobre el paradero del P. Bartolomé Gutiérrez, el misionero agustino mexicano que estaba encarcelado en unas excavaciones, a las cuales nuestro *Kintsuba* logró llegar con la estratagema de hacer que le contrataran como mozo de mulas. En 1632 regresó de Tokio a Nagasaki el feroz gobernador Uneme Takenaka, que inventó el suplicio para los cristianos de las aguas sulfurosas.

Nada menos que 5 años logró nuestro beato Tomás de San Agustín eludir el ser identificado en su ingenioso método de apostolado, tema que desarrollaremos en otro articulo. Pero al fin, después de haber sido sometido al suplicio durante varios meses, el 6 de noviembre de 1637, nuestro *Kintsuba*, es decir, Fr. Tomás de San Agustín, fue a recibir de las manos de Dios el premio de su constante fidelidad al Evangelio y de su ingenioso apostolado. Desde noviembre de este año será el Beato Tomás de San Agustín.

## **Tomás de San Agustín, mártir en Japón (II)**

Habíamos prometido ocuparnos del modo ingenioso cómo este extraordinario misionero japonés fue capaz en su tierra de ejercer el apostolado entre sus connacionales por espacio de 5 años (1632-1637) antes de ser descubierto como sacerdote católico y mandado al suplicio. Porque si es edificante la historia general de este japonés enamorado de Cristo y su fortaleza en padecer el martirio, es más admirable aún la maña que se dio para ejercer el apostolado antes de morir.

Recordamos ya cómo, cuando llegó a Japón desde Manila, a finales del 1631, estaba encarcelado el superior agustino en Japón, el mexicano P. Bartolomé Gutiérrez, en unas excavaciones llamadas *Kurusu Cho* (área de la Cruz). No paró el P. Tomás de San Agustín hasta conseguir encontrarse con él, disfrazándose de caballero del palacio del gobernador, el feroz perseguidor de cristianos Uneme Takenake.

Con el modesto salario que recibía por su oficio de lacayo pudo mantenerse a sí mismo y al P. Bartolomé. Nuestro Tomás de San Agustín llevaba una doble existencia: durante el día trabajaba en el palacio del gobernador, donde era conocido con el sobrenombre de *Kintsuba*, y por las noches era el P. Tomás de San Agustín que atendía a los cristianos, numerosos en la zona. El P. Bartolomé sufriría el martirio el 3 de septiembre de 1632. Poco antes de su muerte habían llegado a Japón, procedentes de Manila, otros dos misioneros agustinos, el portugués P. Francisco de Gracia y el japonés P. Miguel de San José. El segundo de los dos, se dirigió primero al reino de Bungo donde era originario, y el P. Francisco murió mártir el 16 de agosto de 1633. El P. Miguel parece que sufrió también el tormento de las “cuevas”, pero no se sabe cuándo ni donde murió después del 11 de noviembre de 1634, en que todavía estaba vivo.

Después de la muerte de los que acabamos de nombrar *Kintsuba* quedó solo para atender a los cristianos, y no sólo a los de Nagasaki, sino también a otros de los pueblos del entorno, a los cuales llegaba fácilmente atravesando la montaña que separaba esta región de la cueva en la que él se escondía. Su apostolado dio los mejores frutos, que se notaron en el aumento de la cristiandad, fenómeno que nadie sabía explicarse por

desconocer de dónde procedía. Las autoridades emprendieron entonces una verdadera cacería para apresarle; a partir de 1633 fue tan afanosa, que ha quedado noticia de ello en las crónicas locales. Se hizo una oferta de recompensa a quien señalara su paradero. Se encargó la caza al gobernador de Omura, el cual organizó un pequeño ejército que rastreó todo el monte. Pero él se trasladó a una zona boscosa cercana a Nagasaki, en una pequeña entrada al mar, cerca de Tomachi, a la cual se llegaba sólo en barca. Hoy hay una pequeña carretera hecha para facilitar el culto al futuro nuevo beato.

Para poder localizarle las autoridades recurrieron al hecho de mandar hacer de él un retrato que distribuyeron por la región, e inventaron la leyenda de que durante su estancia en Manila había estudiado artes mágicas; lo hicieron así para ocultar la vergüenza de que durante cinco años no fueran capaces de echarle mano.

A los barcos portugueses que llegaban a Japón se les recluyó en la isla de Dejima para que no pudieran prestar ayuda a los cristianos. Las remuneraciones ofrecidas a los delatores de cristianos iban haciendo cada vez más difícil mantenerse en la fidelidad a Cristo y algunos apostataron entonces; otros dieron heroico testimonio de la fe. Nuestro *Kintsuba* estaba en Nagasaki a finales de 1636, y fue apresado casi por casualidad en un lugar cercano a la actual iglesia de Todos los Santos, la más antigua de Nagasaki. Probablemente él estaba haciendo entonces una de sus idas nocturnas a la ciudad de Ukami, donde había una floreciente comunidad cristiana, asistida regularmente por el Padre. Cuando se le apresó y sometió a interrogatorio él confesó paladinamente quién era. La alegría de sus enemigos fue enorme “por habérseles venido a las manos el que tantas veces se había escapado de ellas”.

Cómo fue atormentado durante varios meses, entre 1636 y 1637, en que murió, y cómo terminó su vida como un héroe, lo narraremos en la tercera y última entrega para este boletín.

### **Tomás de San Agustín, mártir en el Japón (III)**

Tomás de S. Agustín, Kintsuba, como ya le conocemos y es hoy recordado regularmente por los escritores de su patria, fue apresado -como lo recordábamos en el artículo anterior- a finales de 1636, en Nagasaki, casi por casualidad, cerca de la iglesia de Todos los Santos, probablemente mientras estaba realizando una de sus idas nocturnas para atender a las comunidades cristianas de la ciudad de Ukami. Cuando fue sometido a interrogatorio confesó llanamente quién era, causando gran alegría a sus enemigos, que le había buscado inútilmente durante 5 años.

Fue sometido a tormentos y cárcel en el lugar llamado Cruz-machi, el lugar donde nuestro héroe en 1632 solía encontrarse con el mártir P. Bartolomé Gutiérrez. En la aplicación de estos tormentos sus enemigos se propusieron tres fines: hacerle apostatar, si fuera posible; obligarle a descubrir a los portugueses que le habían prestado ayuda con limosnas durante aquellos años; y rehacerse de alguna manera de los gastos y trabajos que les había ocasionado su captura, gastos que algunos afirman que habían llegado a 300.000 taels. Al hombre que lo detuvo le dieron como recompensa 3.000 monedas de plata, equivalentes a 1.290 tales.

Cuando le pidieron sus enemigos confirmara si era verdadera una lista de cristianos que le habían ayudado, dada por el cristiano japonés Juan Ribeiro, él guardó silencio. Nada valieron las torturas utilizadas para conseguirlo. Una de ellas era la del agua, llamada “Mizuzeme”, que consistía en hacerle tragar, mediante un embudo en la garganta, grandes cantidades de agua. Después, desnudo y convertido en un tonel a reventar, los perseguidores le golpeaban con cañas de bambú hasta que el agua y la sangre salían a borbotones por la boca, nariz y orejas.

Le dieron azotes, le aplicaron arpones agudos de madera tostados, con los que atravesaban los músculos de sus brazos y de sus piernas, y tirando con fuerza de ellos le arrancaban la carne. Seguidamente le sometieron al tormento de la fosa, sobre la que fue colgado boca abajo, junto con otros cristianos, el 21 de agosto de 1637.

Con estos tormentos hubiera terminado su vida, de no haberse dado el hecho de que al día siguiente entró en el puerto de Nagasaki una flotilla portuguesa al mando del capitán D. Francisco de Castelblanco, procedente de Macao. Los miembros de dicha flotilla, que lo vieron todo, pudieron dar, en el proceso que se hizo en Macao pocos meses más tarde, una descripción precisa de cuanto habían visto.

En vista del obstinado silencio del Padre, le llevaron de nuevo a la fosa y martirizaron a algunas de las personas que se decía le habían favorecido. Para llevarles al lugar del martirio, a los laicos los llevaron delante de la isleta de Dejima, donde fondeaban los portugueses. Al Padre Tomás, en cambio, le llevaron por otra calle “en unas andas cerradas, y dijeron muchos japoneses, personas dignas de fe, que al salir de la cárcel comenzó a gritar desde dentro en alta voz: Viva la fe de Cristo, y que él iba a morir por su amor. Esto y otras muchas cosas tocantes a la fe dicen que iba diciendo por todas las calles y caminos por donde le llevaron hasta llegar al lugar del martirio de los hoyos, donde le colgaron en uno con ellos, como a los otros cristianos suyos y al casero”.

La historia de esta resistencia a los mayores tormentos acabó el 6 de noviembre de 1637, en que el indomable Kintsuba murió, agotado por los sufrimientos, aunque era relativamente joven, entre 37 y 40 años. Su cuerpo, con el de otros mártires fue cremado y sus cenizas fueron arrojadas al mar, como se hacía sólo con los mártires cristianos, para que no fueran objeto de culto.

Tomás de S. Agustín ha sido beatificado en Japón el 24 de noviembre de este año 2008, como consecuencia de la aprobación (años 2006-2007) del amplio dossier presentado a la Congregación para las causas de beatificación y canonización de los Santos. En ella entran 188 mártires, casi todos laicos, con la excepción del jesuita Pedro Kibe Kasui, que da el nombre a la causa, de nuestro Tomás de S. Agustín y de otros dos más, que eran sacerdotes.

**P. Carlos Alonso Vañes**